

Geológico-políticas de lo opaco

En un ensayo anterior, escrito para el primer libro monográfico sobre el conjunto de la obra de Mónica Giron, me propuse trazar un recorrido a partir de lo que no sólo desde la perspectiva de Mónica, sino también de la mía propia parecía constituir el núcleo de una búsqueda de treinta años: un movimiento lento, persistente y extenso del cuerpo vacío al cuerpo lleno, del cuerpo inerte al cuerpo vibrante, del cuerpo reprimido, anulado y también aniquilado, al cuerpo recuperado, renacido¹.

En ese trayecto, que son en realidad una multitud de trayectos entrecruzados y desviantes, Mónica hace una obra que la hace, hace un cuerpo que hace su cuerpo. El hacer la obra es un performar y el performar, conscientemente sostenido, produce como resultado un autoanálisis y –agrego ahora– una autocura. La obra es la exterioridad que le devuelve interioridad a la artista, un no-yo que reubica el yo propio para que pueda experimentarse y, experimentándose, emprender un encuentro con el más allá del yo, del propio cuerpo.

En esos treinta años, en los que la obra se va mostrando como el efecto de una meditación cada vez más profunda –y que permite que la violencia inicial que la organiza se transmute en un palpable pero para nada transparente saber emocional, energético, matérico–, el cuerpo aparece de muchas formas, por lo general desconcertantes. Formas del cuerpo como imagen (un repertorio incesante de devenires de lo animal, lo vegetal, lo mineral, lo humano) y del cuerpo de la imagen (el medio o soporte, hecho la mayoría de las veces de materias elementales: tierras, piedras, carbones, ceras, grasas...), ellos mismos en permanente, mutua, afectación.

Y tantas formas, densidades, modulaciones, ¿para qué? Una de las mayores cualidades de la obra de Mónica es la de expresar lo que ella misma desconoce, aún después de haberlo expresado. Revelar una opacidad en tanto opacidad y hacernos sentir el poder movilizador,

desestabilizador, de lo opaco. Lo que para nada significa que no haya una tarea intelectual de por medio. Sólo que es como si el intelecto cumpliera primordialmente la función de punzar lo opaco, para de esa manera traerlo a la superficie de nuestra sensibilidad.

Por eso, cuando empezamos a trabajar con Valeria Balut en lo que llegaría a ser la exposición *Ejercicios con el modelo terrestre*, y pese a conocer en detalle la obra de Mónica, nos encontramos otra vez en territorio desconocido. A primera vista, cada uno de los nuevos trabajos que referían a la Tierra mediante mapas y globos terráqueos, en parte discernibles y en parte extrañísimos, parecía distanciarse bastante de la obra anterior. Incluso si esa otra obra, en determinados momentos como por ejemplo en varias pinturas de la Patagonia de principios de los años 90, había propuesto una idea de paisaje menos como configuración estética de la vista de un territorio que como acumulaciones de elementos para un imaginario del cuerpo terrestre. No una visión racionalizada por los protocolos de la tradición óptica del arte, sino una indagación desde la multidimensional sensorialidad de lo telúrico.

Con el tiempo, en efecto, Mónica había advertido que esas y otras pinturas de la época planteaban una analogía entre su cuerpo y el cuerpo de la Patagonia², y de ahí mi intención de interrogar en aquel ensayo qué clase de imágenes del cuerpo y de cuerpos de la imagen constituían esa analogía, y qué otras relaciones podían establecerse con la obra posterior. En ese estudio distinguí dos grandes grupos icónicos, dentro de los cuales, a su vez, eran patentes algunas recurrencias: las de lo cortado, lo mutilado, lo tajado y lo decapitado, como imágenes centrales de una primera etapa, y las de lo poroso, lo tejido, lo entrelazado, como imágenes centrales de una segunda. No obstante, sólo se trataba de una distinción genérica, con una larga fase de transición entre ambas y sucesivas reformulaciones de las imágenes del primer grupo en el segundo.

Al considerar la obra más reciente, en cambio, nada de eso aparecía. O fue lo que Valeria Balut y yo creímos en un principio. Las imágenes de mapas resultaban demasiado científicas para un universo, en comparación, demasiado irracional e informe. Confrontados con el mapa invertido de América del Sur de Torres García; con los mapas sudamericanos quemados, tachados, deformados, atados, cortados y partidos de un hachazo de Horacio Zabala; con los mapamundis de continentes amalgamados, revueltos y redistribuidos por países de Öyvind Fahlström; con los mapas-diagramas de territorios y circuitos de poder de Bureau d'Études o Iconoclastas; con los mapas calados o arrojados al azar de Jorge Macchi; incluso con los mapas sudamericanos de superficies colorísticas poderosamente vibrátiles de Juan Downey, los mapas de Mónica no eran, hasta cierto punto, mapas.

Fue, precisamente, la sensación que declararon tener varios espectadores frente a *Ejercicios con el modelo terrestre*. Para ellos, el primer acceso a los *Continentes de barro* no se producía distinguiendo los contornos de esas masas de arcilla, piedras y cera —mucho menos distinguiendo la imagen de un mapa—, sino entrando en contacto con algo informe, por lo general experimentado como desagradable. El efecto de esos mapas ópticamente inadvertidos fue en algunos casos desencadenador de procesos emocionales o espirituales. Está muy lejos del cliché sentimentalista decir que despertaron en ciertas personas, de la manera más inesperada e incomprensible, súbitas crisis de llanto. Incluso en personas cuya racionalidad estaba más ocupada por hacer explícitas sus reservas frente a esas obras que por conducir el torbellino emocional al que, de repente, esas mismas obras las había conducido.

Lo aparentemente cursi del ejemplo está mucho más cerca, en realidad, de la angustia del suceso incontrolable por el que somos tomados o en el que quedamos presos. Más pertinente que el juicio, entonces, sería la pregunta: ¿qué hace que un bloque de tierra, piedras y cera llegue a producir efectos tan impertinentes? Hay en esa presencia concentrada de la tierra (y de lo telúrico, aunque no se reconozca en ella el aspecto de la Tierra) una provocación intolerable: de repente, sin mi consentimiento, me desarticulo, pierdo el control, estallo. Mi racionalidad es decapitada. Mi individualidad, desbordada. “El mundo se me viene encima”, podrían haber dicho algunos de los afectados por estos *Continentes*. Entonces, la composición material de la obra, su carga invisible, su particular proceso de madura-

ción, su vínculo constitutivo con otras cosas, con otros procesos... todo esto merecía ser tomado en cuenta.

Pero en algún momento, también, los mapas se volvían visibles. Como si el encuentro que empezaba trastornando esa corporeidad inconsciente, inmemorial, culminase sin esfuerzo en los ojos, habilitando la visión retiniana tras establecer una indispensable base sensorial. En este otro nivel, cada uno de los cuatro *Continentes* mostraba una distintiva distribución geopolítica: en uno, el centro del mapa circular lo ocupaba África, en otro, Oceanía, en un tercero, Eurasia, y en el cuarto, una Sudamérica rodeada por China y Japón al Norte y África al Oeste (o al Sur y al Este, respectivamente, dependiendo del punto de vista del observador).

Entonces, un doble movimiento. Primero, experimentar (inconscientemente) lo entrañable de la Tierra, la dirección e intensidad de corrientes lentas y espesas que, al parecer, se consolidan en plataformas, lechos o masas emergidas, las diferentes pero no fácilmente discernibles mezclas de elementos, lo mineral sugiriendo lo orgánico y viceversa. Masas de líquido denso, casi sólido, que hacen pensar en la mierda (pese al aroma delicado) u otra materia putrefacta o desecho, y mierda que parece alimento, o vómito, y así sucesiva y mezcladamente. Y masas que, al mismo tiempo, inspiren la idea de un ciclo de retroalimentación, el equilibrio entre opuestos de una composición inaudita.

El segundo movimiento: experimentar lo desconcertante de un mapamundi físicamente, geológicamente reorganizado. No sólo una tierra compuesta de otros compuestos y figurada por medio de formas que tienden a la entropía y a lo informe, sino además, una alteración desde los propios fundamentos: una geopolítica radical. O ni siquiera una geopolítica: una geológico-política. Más que del reparto equitativo de territorios, saberes y epistemes, una geológico-política de la mancomunidad hombre-Tierra. Más que la recomposición del desastre causado por siglos de colonialismo, expropiación y guerra, una propuesta de reinención de nuestra percepción de lo terráqueo. En consecuencia, una imaginación en el horizonte —hoy indispensable— de la audacia radical. (Para salir de este mundo, se nos hace más necesaria que nunca una imaginación de lo inimaginable).

Evidentemente, un mapa como el que dibujó Torres García (*América invertida*, 1943) suscita una inevitable conmoción física por el hecho de introducir un punto de

vista nuevo y casi estúpidamente simple –pero cuánto hubo que soportar para que esa inversión pudiera ser simplemente imaginada–, que habilita el desmontaje de códigos largamente incorporados de poder y sujeción. Un manifiesto condensado en una imagen, síntesis de dos décadas de vanguardias latinoamericanas, con ecos del Borges de “El escritor argentino y la tradición” y del Oswald de Andrade del “Manifiesto antropofágico”. Una inversión cuyo impacto físico es producido por una idea visual nítida, gráfica, de perfecta economía y poder de transmisión, figurada por una línea de contorno negra apenas vibrátil.

Las acciones de Zabala sobre o contra mapas de Argentina y Sudamérica también tienen una dimensión física profunda y, además, muy violenta. En *Hacha* (1972) o *Argentina empaquetada* (1974), los mapas, por el modo en que relativizan la lógica de la representación al combinarse con objetos de la vida cotidiana, así como por el hecho de ser manipulados (uno, pegado sobre una cajita de madera, recibe un hachazo; el otro, atado con sogas, sirve para envolver algo que no podemos ver), se transforman en objetos o pasan a integrar objetos, y en ese sentido son, también, cuerpos. Se vuelven objetos-cuerpos, por último porque es el propio soporte o medio (cuerpo) de la imagen el que es tajado o amarrado. Sin embargo, son también cuerpos mentales, porque el “maltrato” que sufren permite explicitar una metáfora política.

Lo que muchos mapas de Zabala metaforizan es la masa de mujeres y hombres asesinados por la alianza imperialista-dictatorial de los años 70. Mapas como figuras de los pueblos, en un contexto poscolonial de avance estadounidense sobre América Latina y emergencia de dictaduras locales que le brindan al imperialismo el indispensable sustento político para su expansión. Pero, al mismo tiempo, Zabala parece interesado en ir más allá de la geopolítica entendida en sentido estratégico y palpar el cuerpo de los mapas. En la serie *Seis imágenes del fragmento 30* (1973), coloca lado a lado una transcripción manuscrita del fragmento 30 de Heráclito (“Este universo idéntico para todos no ha sido creado por ningún dios ni por ningún hombre: pero siempre fue, es y será un fuego eternamente vivo, encendiéndose con medida y apagándose con medida”) y diversos mapas sudamericanos recortados y quemados. En esta aproximación más enigmática, lo geológico “ahistórico”, al “superar” la contingencia geopolítica, sirve de fundamento para una crítica radical de la territorialidad y de la dominación.

En *Todos los fuegos el fuego* (1973), en cambio, si bien se mantiene la analogía entre el mapa destruido y el cuerpo humano aniquilado, geología y geopolítica se funden en una masacre total: el mapa, destrozado e irreconocible, ya ni siquiera es resto de un mundo. Es menos que resto, es vacío. Cuerpo vaciado.

El *Map of America* (1975), de Juan Downey, combina el “panamericanismo” elaborado por el artista a partir de sus muchos viajes por el continente –y del que resulta todo un conjunto de trabajos, el más importante de los cuales es la video-instalación *Trans Americas* (1973-1989)–, la crítica geopolítica (con un gesto en la línea de la *América invertida* de Torres-García), la concepción del universo como sistema energético multidimensional interconectado y la reunión de lo contemporáneo con las cosmologías indígenas. Este *Map of America*, que se despliega en una espiral multicolor desde el centro del mapa hacia los bordes (pero dando una sensación de expansión más allá de estos), propone una nueva relación entre discurso político y transformación energética, pues lo que en el mapa es fuerza cromático-cinética se traduce discursivamente en una proyección de la energía social hacia una organización política basada en otras premisas históricas que las de la colonialidad.

En los cuerpos cartográficos de Mónica Giron, cuya morfología y materialidad destacan más que la función métrica de los mapas convencionales, la dimensión geológica parece, en principio, más decisiva que la geopolítica. En efecto, nuestra primera aproximación a estos *tondi* de barro es de otro orden: al confrontarnos con su masa opaca y silenciosa, la Tierra se nos vuelve físicamente concreta y de golpe podemos entender en profundidad esta frase simple: “la Tierra tiene cuerpo, como yo”. Incluso, aunque no sepamos, aunque no podamos decir realmente qué es la Tierra, la constatación de nuestra familiaridad física con ella resulta fundamental. Es por ella que se activa en nosotros la disposición micro-perceptiva que nos permite entrar en el diagrama de fuerzas de estos otros mapas³.

Lo inmundado y lo liso

Si en los *Continentes de barro* hay algo de repulsivo, en los cinco globos terráqueos llamados *Mundus*, lo repulsivo es inevitable. Para poder darle forma de globo, cada pedazo de cuero de ciervo, de vaca o de cabra, previamente tratado, debe tomarse por todo el borde y

doblarse de manera que, donde el borde se reúne en un solo punto, forme un orificio. Una especie de ano.

La desproporción entre este ano y el cuerpo al que pertenece es la primera monstruosidad de estos *mundi*. La segunda, el cuero cabelludo animal que no fue removido y que sugiere los restos de un desollamiento o de una muerte por quemadura. Un cuerpo aniquilado que, siniestramente, todavía pulsa, y pulso que alcanza a percibirse, aunque de manera muy sutil y confusa, como un vivir que no es vivir, o como una muerte que no termina de suceder. Una sobrevivida indeseable, una mínima vida inmunda⁴.

En lo repelente y abyecto de estos *mundi* y, en menor medida, de los Continentes de barro, sobrevive o reaparece un aspecto del mundo que, como civilización, ya no toleramos. El pellejo todavía casi humeante de estos globos de cuero es el trazo de un cuerpo que hace siglos dejamos de entender. Lo inmundo no es lo sucio, sino el cosmos como multiplicidad viva, necesaria y diferentemente caótica, que el orden civilizatorio está a punto de devastar. Por eso es posible que la vida que creemos ver pulsando aún en estos *mundi* sea sólo la memoria genética de un mundo al borde de la desaparición. Un mundo que, sin embargo, todavía respira.

Estas repelencias refieren, entonces, no sólo a los detritos de la civilización, sino también al “desorden”, la “suciedad”, la “confusión” de lo vivo. Para evitar este caos viviente –inmoral, porque no es compatible con los apetitos humanos; improductivo, porque no le es útil a esos apetitos–, el hombre higieniza, allana, remueve, desmezcla, alisa, tiende a una pretendida neutralidad. Lo hace de manera sistémica desde el higienismo de fines del siglo XIX, y desata exponencialmente ese proyecto de esterilización y emparejamiento con el biocapitalismo y la racionalidad digital.

Una Tierra rediseñada a partir de ahí no puede no ser una tabula rasa. Son los suelos privados de cualquier clase de vida que no sea la del cultivo-*commodity* de la agrotoxicultura. Es la playa desmalezada, deforestada y rastrillada, de arena límpida y mar sin caldo microbiológico, lo más parecida posible a una pileta en el parque de una mansión neurótica. Son las lagunas artificiales de las nuevas urbanizaciones fortificadas, réplicas de paisajes que sólo existen en imaginarios de zombis multimediales, Caribes inertes contruidos en zonas sin mar próximo –pero las hay también junto al mar–, a veces incluso sobre terrenos robados

a parques naturales, lagunas electrónicamente monitoreadas para garantizar la temperatura del agua, su transparencia, su impecabilidad. Son los parques acuáticos y otros escenarios del entretenimiento único, que entienden lo natural como la divisa inexpresiva de lo que alguna vez fue, en ese mismo enclave, la naturaleza. Es la superficie terrestre convertida en una plataforma Epcot continua y avasalladora.

Todos estos procesos de eliminación de los tejidos y actores que permiten mantener los cuerpos micro y macroscópicamente ligados y activas sus superficies sensibles contribuyen a ampliar la catástrofe estética. Pero la fibrilación y el colapso de nuestra relación muscular y sensorial con la Tierra es sólo una de las tantas formulaciones de la catástrofe estética del vínculo social, de la desaparición de la “estesia difusa” de la que habla Bifo:

Ningún discurso sobre las relaciones sociales puede prescindir de la sensibilidad entendida como estesia difusa, como com-pasión en sentido etimológico: percepción extensa, participación en el sentir del otro, comprensión carnal de lo sentido en tanto sensible. Si esta comprensión desaparece, no existe más ninguna base para la convivencia, no existe más ninguna base para la ética, ni tampoco para la política como ciencia éticamente fundada⁵.

Estesia posible, desde luego, sólo si incluye el cuerpo terrestre. No se puede habilitar esta sensibilidad si uno entiende el propio cuerpo, y por extensión la propia individualidad, como externos al resto de lo existente. Porque uno no siente sin ser sentido, y porque la sensibilidad es, en virtud de su propio ser, no sólo colectiva, sino además infinita. Por eso la relación de respeto, cuidado y reciprocidad con la Tierra fundamenta todas las leyes de todas las comunidades no occidentales pasadas y presentes, y sostiene todas sus cosmologías. La modernidad occidental, más aún en su progresión globalizada, supone, al contrario, el corte repetido y maquinal de ese lazo constituyente.

Sensibilidad es la facultad de comprender los signos que no pueden ser verbalizados, es decir, codificados de manera regular, verbal, digital. Cuanto más la atención humana es absorbida por la verbalización, por la codificación digital, por la modalidad conectiva, tanto menos sensibles son los organismos conscientes.

Infelicidad puede significar, quizás, precisamente esto: conciencia sin sensibilidad. Conciencia privada de la gracia de la armonía entre juego cósmico y deriva singular. Singularidad inarmónica⁶.

Existe, en efecto, una correlación absoluta entre, por un lado, la tendencia actual a procurar cuerpos lisos, sin marcas, sin historia, objetos de una actividad social y sexual desensibilizada e hiperestimulada, que es lo que Bifo describe, y por otro, la generación de espacios naturales lisos, sin vibración interna, nivelados por una avidez predatoria desalentadoramente pusilánime que, en cuanto deja de explotarlos, los libra a una deriva de ruinas monstruosas, indignas de visita. Ya que se trata de homologar todo lo posible las superficies de los cuerpos actuales –cualquier clase de cuerpos: humanos, animales, de objetos, terrestres– para que puedan ser inmediatamente conectables entre sí. Pero también, para que puedan desconectarse instantáneamente.

La conjunción es encuentro y fusión de formas redondeadas, irregulares, que se insinúan de manera imprecisa, irrepitable, imperfecta, continua. La conexión es interacción puntual y repetible de funciones algorítmicas, de líneas rectas y de puntos que se sobreponen perfectamente, se insertan y se desconectan, siguiendo modalidades discretas de interacción. Modalidades discretas que transforman las partes diferentes entre ellas compatibles según estándares predeterminados⁷.

La evidencia más reciente de esta lógica inestésica de alisamiento y despojo es la modificación irreversible que, como parte de un proceso de dos siglos, la especie humana introdujo en la biósfera. A partir de la idea de Dipesh Chakrabarty⁸ de que con esa modificación el hombre se transforma de *agente* biológico en *fuera* geológica, Déborah Danowski y Eduardo Viveiros de Castro sostienen:

[este fenómeno] se paga con [...] la intrusión de Gaia en el mundo humano, dándole al Sistema Tierra la forma amenazante de un *sujeto histórico*, un *agente político*, una persona moral (Bruno Latour). [...] lo ambientado se vuelve ambiente [...] y viceversa: es la crisis, en efecto, de un ambiente cada vez más ambiguo, que ya no sabemos dónde está en relación con nosotros, como tampoco nos ubicamos a nosotros mismos en relación con él.

Esta súbita colisión de los Humanos con la Tierra, la terrífica comunicación de lo geopolítico con lo geofísico, contribuye de manera decisiva al desmoronamiento de la distinción fundamental en la episteme moderna: la distinción entre los órdenes cosmológico y antropológico, separados desde ‘siempre’ (o sea, al menos desde el siglo XVII), por una doble discontinuidad de esencia y de escala⁹.

La ironía es que sea esta extrema inversión de roles lo que, por fin, esté poniendo en jaque la distinción esencial entre orden antropológico y orden cosmológico. Sólo esta distinción moderna podía justificar una concepción de la naturaleza como objeto de dominio y como recurso económico, de tal manera que nos permitiera olvidar la idea de que, en esencia, lo antropológico y lo cosmológico, aunque discernibles, son, para decirlo en términos espinosistas, modos de una multiplicidad al mismo tiempo infinita y única¹⁰.

Últimas noticias de la geopolítica

En la introducción a un libro ya clásico sobre geopolítica del conocimiento, a modo de ejemplificación de la pervivencia del eurocentrismo, Walter Mignolo escribe:

Grecia no sólo está lejos geográficamente de América Latina. Lo está geopolíticamente. Entre Grecia y América Latina se interponen quinientos años de diferencia colonial. Sin embargo, Grecia parece estar más cerca de América Latina que Anáhuac o Tawantisuyu¹¹.

El argumento, sostenido en 2001 y difícilmente cuestionable desde el punto de vista de la historia de la colonialidad, puede ser utilizado en otra dirección con el objetivo de actualizar a 2016 la cuestión geopolítica. Mignolo se refiere a Grecia en el sentido de origen de Europa (de la filosofía, de la democracia, etc.), tal como Europa lo postuló. Por eso puede sostener que, tras quinientos años de eurocentrismo, la capacidad de Grecia (lo que ella representa) de impactar en América Latina es inconmensurablemente mayor que la de cualquier proceso civilizatorio existente antes de la conquista.

Pero, reinterpretado desde la radical inestabilidad que los últimos quince años provocaron en el mundo –crisis económica permanente, multiplicación y atomiza-

ción de las estrategias, actores y zonas de conflicto, revolución climática desquiciada-, el mismo argumento puede significar algo bastante diferente.

Como se sabe, la Grecia moderna nunca participó del proyecto colonial. Y en el orden geopolítico más reciente, su rendición forzosa ante las políticas ultraortodoxas que Europa le impuso constituye un caso muy explícito de cómo la presión corporativa y financiera global puede anular las posibilidades de acción de una población, separarla de sus vecinos, saquear sus recursos y condicionar permanentemente sus asuntos internos.

Entonces, si esta Grecia está geográficamente más cerca de Alemania que de América Latina, geopolíticamente está mucho más cerca de cualquier país “subdesarrollado” que de Alemania o de Londres, centro financiero global. Porque, si se considera el alevoso aumento de la desigualdad incluso en los países y ciudades desde donde el saqueo global se decide,¹² no sería incorrecto afirmar que toda población se encamina, actualmente, hacia una “crisis griega”.

Si hay algo a esta altura evidente para cualquiera –y cualquiera es cualquiera: un académico en Johannesburgo, el dueño de un bar en Tokio, un refugiado sirio en Islandia o un mendigo en Argentina– es la progresión de dos factores profundamente determinantes para nuestra experiencia actual como humanidad: por una parte, lo difuso e inaprensible de un poder que está más allá de los Estados (pero que los usa a discreción) y que es capaz de provocar cualquier cosa y hacer con los seres humanos cualquier cosa; y por otra, una consecuente y generalizada impotencia social, causa de inmensos horizontes de tristeza, rabia y desquiciamiento.

Este presente, que Santiago López Petit llama “desbocamiento del capital”, se configura tras “la desarticulación política, económica y social de la clase trabajadora protagonista del ciclo de luchas de finales de los setenta”. “Entonces –dice– [...], el capital emprende una marcha imparable a nivel mundial. La globalización no puede ya explicarse en términos de superación o desplazamiento de un límite. [...] está más allá del límite, y lo está en la medida en que es un desbocamiento que se repite”¹³.

Uno de los rasgos principales de este desbocamiento es la relación arbitraria entre producción y valor. En una economía financiarizada resulta imposible deter-

minar el valor de un producto, porque no es la producción de objetos materiales lo que está en juego, sino la infinita proliferación de signos lingüísticos, que el mercado controla determinando el funcionamiento de las redes de trabajo inmaterial¹⁴. El resultado inmediato es un paisaje de signos sin referente, de signos enloquecidos. Así liberados, los signos remiten a sí mismos, de lo que deviene un corte radical entre lenguaje y cuerpo, así como entre economía y orden social.

Pero hay un segundo resultado, todavía más extremo, y es lo que Bifo llama “necro-economía”, alianza entre el negocio de la violencia (guerra, terrorismo, narcotráfico, venta irrestricta de armas a civiles, etc.) y la abstracción financiera¹⁵, que “no discrimina dinero criminal de ningún otro tipo de dinero”. Economía basada en la privatización de una guerra que se disemina por el mundo en forma de micro-enfrentamientos imprevisibles, mutantes, simultáneos. La conclusión es que “cuando la guerra se privatiza, no es posible imaginar un orden geopolítico mundial, no se puede perseguir [...] ningún acuerdo”¹⁶.

Desde esta perspectiva, la violencia de EL es una de las tantas reacciones patológicas a la devastación provocada por la globalización neoliberal. Otra vez Bifo:

Algunos republicanos de Estados Unidos sostienen que los asesinatos [perpetrados por los jihadistas] están relacionados con enfermedades mentales. En cierto sentido, tienen razón. Pero no entienden las causas y la extensión de lo que llaman enfermedad mental. Enfermedad mental no es la rara dolencia de un desertor aislado, sino la consecuencia generalizada del pánico, la depresión, la precariedad y la humillación: éstas son las fuentes de la guerra fragmentaria contemporánea, y están esparciéndose por todos lados, enraizadas en el legado del colonialismo y en el frenesí de la diaria competición¹⁷.

Que la retórica de un video de Dubiq, la agencia publicitaria de EL, imite la de las publicidades convencionales¹⁸, es un ejemplo de cómo la imposibilidad de pertenecer al mundo único –un mundo de elites cada vez más poderosas y dispersas por el globo, y multitudes cada vez más explotadas y eventualmente prescindibles– es sustituida por la posibilidad de destruir ese mundo, *sin cambiar en nada el tono corporal, la sensibilidad*. Porque no está más embebido de mundo, más inmerso en sus infinitos lazos, el que vertebra su vida

en torno del consumo, que el que sufre por no poder vertebrarla de esa manera. La insensibilidad asola, aunque diferenciadamente, a jihadistas, sicarios, asesinos masivos en escuelas y universidades, elites globales y clases medias angustiadas ante la amenaza permanente de la exclusión (clases medias que, a su vez, no paran de disminuir en número en todo el mundo).

Un capitalismo en grado absoluto (fuera de control), la Tierra como sujeto histórico y la especie humana como agente geológico, la guerra global permanente y la crisis económica global permanente (anulación de la crisis): la suma de estos factores lleva a pensar, primero, que la geopolítica atañe hoy más al planeta como fuente de vida común puesta en riesgo que al saldo de las diferencias entre humanos; y segundo, que el modo en que decidimos relacionarnos con la Tierra tiene un efecto cada vez más inmediato y perceptible, aunque ese efecto sea el de una confusión en constante aumento.

Desde otra perspectiva, aunque totalmente ligado a lo anterior, los cuerpos cartográficos de Mónica subrayan la correlación entre geofísica y geopolítica, pero no como causa de una catástrofe inminente, sino como lazo fundamental y originario de cualquier vida humana en la Tierra.

Políticas de la estesia

Volviendo al párrafo de Mignolo, hay que recordar que Grecia fue uno de los focos hacia donde más claramente se dirigieron, en los últimos meses, las solidaridades mundiales que aspiran a una geopolítica de la equidad y del respeto hacia las otras formas de vida planetarias. Para completar el argumento, entonces, los términos “Anáhuac” y “Tawantisuyu” usados por Mignolo podrían metaforizar la genealogía de la geopolítica a la que estas solidaridades mundiales aspiran. Recuperar, reelaborar y hacer proliferar prácticas, saberes, estesias y principios de sociabilidad de las culturas que el poder colonial diezmó o arrasó —de aztecas, incas, maoríes, zulúes...— es uno de los pilares de otra clase de transformación global.

Los movimientos de los años 60 (hippismo, vegetarianismo, ecologismo, New Age, etc.) que propusieron alternativas radicales al modo de vida occidental y constituyeron la base de la contracultura, hoy tienen una descendencia muchísimo más compleja, diversa

y articulada. Pero a diferencia de lo que ocurría en esa época, cuando contracultura y militancia iban por caminos separados y mantenían una relación de desconfianza recíproca, hoy los conocimientos de esa descendencia son valorados e incorporados por los colectivos y redes de solidaridad global.

Y no sólo. También existen individuos y grupos no activamente politizados dispuestos en cualquier momento a una articulación, porque así lo permiten las tecnologías de comunicación contemporáneas pero, sobre todo, porque así lo permiten las nuevas tecnologías de los cuerpos cuánticos, continuadores de los saberes producidos o recuperados por los movimientos de los 60.

Así es cómo, para poder redirigir la energía planetaria, humana y no humana, hacia el bien común, se hace cada vez más necesario el desaprendizaje de las premisas tácitas que sustentan el tipo de humanidad ideado desde los orígenes del capitalismo. Justamente en el desaprendizaje del cuerpo inestésico y el reaprendizaje del sentir con los otros, muchas de las nuevas prácticas políticas están desarrollando, como parte de su autonomía, una dimensión terapéutica. Y al contrario de la terapéutica aplicada como estrategia de control de los cuerpos (biopoder, poder terapéutico¹⁹, etc.), esta terapéutica o política(s) de la estesia implica(n) la construcción de un cuerpo común individuo-colectivo-Tierra, el ejercicio colectivo de reinención y ampliación de la estesia.

Mónica participa de estas políticas, ante todo, aunque no únicamente, por medio de su obra, que es su principal tecnología. Y lo es porque le permite refutar el orden de la inestesia diseñando superficies de impredecible sensibilidad. Es lo que ocurre, por ejemplo, con *Telúricos* que, en la supuesta tentativa por representar el conjunto de las masas oceánicas, nos muestra en verdad un sistema de aguas sólidas de estructura evidente e indefinible, hecho de miles de miles de estrías y huellas camufladas en el espejo reflectante de una cáscara espectral y completa en sí misma, que dibuja, o tal vez roza, un vacío móvil, pleno, abierto a su exterior, mutable y múltiple.

Al combinar la nueva obra cartográfica de Mónica con algunos trabajos anteriores, en *Ejercicios con el modelo terrestre* quisimos destacar, por lo tanto, no sólo la continuidad entre las viejas y las nuevas imágenes de esa obra, sino también la política que estaba implícita en el recorrido. Una continuidad manifiesta

tanto en la ampliación del repertorio de imágenes de cuerpos como en la calidad del trazo, del color y de ciertas estructuras compositivas en los que diferentes cuerpos se encontraban. Pero manifiesta también en el entrelazamiento de este repertorio de consistencias y el repertorio de lazos que Mónica había trabajado tan insistentemente desde la primera década del 2000.

Fue muy fácil, por ejemplo, poner en relación Esquema. Perspectivas con el dibujo de la serie “Lazos familiares”. Aunque el primero sea un comentario a la perspectiva y la imposibilidad de percibir de una sola vez la totalidad de la superficie terrestre (siempre que un satélite capte la Tierra desde el espacio, una cara del globo quedará oculta), y por lo tanto, la imposibilidad de contar con una imagen total, *verdadera* de la Tierra (lo que nos obliga a conformarnos con una representación reconstruida y, en ese sentido, inevitablemente desfasada), es decir, a pesar del carácter científico del objeto de esa obra, el tipo de línea, y cómo ésta flota, y las formas que traza al circular por el papel, y el tipo de color que la hace vibrar en cada caso, la vuelven totalmente afín a la obra de la serie “Lazos familiares”. Lo que para nada significa una mera continuidad formal. Más bien lo que supone es que la Tierra se mueve, pulsa, respira, existe con tonos que comparte con otras clases de seres en el universo. Tonos que las obras de arte pueden captar, inventar e introducir en

cualquier escala, en todas las direcciones imaginables, con todas las intensidades y velocidades imaginables.

De ahí la singularidad de obras como “SX”, “Lazos familiares” y *Bonding II*, pobladas de figuras sutiles, de las que vemos cabezas asomándose o cuerpos intrapuestos (puestos entre sí, unos dentro de los otros). Seres de especie, género o procedencia indeterminados, pero a la vez determinados por una estructura de vincularidad. Constitutivamente, conjuntos de lazos hechos de líneas, campos de color y sus intersecciones.

Pero que sean indeterminados no quiere decir que no sean específicos, sino que no los conocemos más que en virtud de esa estructura fundamental, así como de algunos trazos igualmente fundamentales (una forma de mirar, una forma de estar) que nos permiten decir que son seres inteligentes. Podrían ser, precisamente por esto, las imágenes sutiles de todos los cuerpos existentes en el universo. O, dicho de otra manera, que son los cuerpos de los que están compuestas todas las existencias. Incluida la Tierra.

Santiago García Navarro, 2016

En libro *Modelo de Ejercicios terrestres*, Editorial Arta, Buenos Aires. Argentina, 2016. Pag. 6 a 35

Notas:

(1) García Navarro, Santiago, “Hacerse un cuerpo”, en Pacheco, Marcelo; García Navarro, Santiago; Giron, Mónica, *Mónica Giron, ZavaletaLab Arte Contemporáneo*, Buenos Aires, 2011.

(2) *Idem*, p. 137.

(3) Cf. Rolnik, Suely, “Uma cura em tempos de poesia”, en Rolnik, S. (ed.), Lygia Clark. Da obra ao acontecimento, Cat. Ex. Nantes: Musée des Beaux-Arts, 2005, pp. 13-27.

(4) El sustantivo español “mundo”, derivado del latino “mundus”, refería originalmente al cofrecito en el que las mujeres guardaban sus implementos, polvos y ungüentos de cosmética, así como al conjunto de esos objetos. De allí pasó a designar la bóveda celeste y sus astros, para sólo después referirse al planeta Tierra y a la comunidad de los hombres o humanidad. El adjetivo “mundus” significaba, en cambio, “limpio, cuidado, coqueto, elegante”. Sin embargo, no parece existir relación etimológica entre ambos términos, como tampoco entre “mundus” y el sustantivo griego “kósmos”, “el buen orden”, del que derivó el sustantivo latino, según suele decirse. Pese a todo lo cual, la homonimia funciona para Mundus, tanto en su referencia metafórica al planeta como en su referencia irónica a lo limpio, a lo cuidado y en buen orden. Cf. <http://etimologias.dechile.net/?mundo>.

(5) Berardi, Franco (“Bifo”), *Generación Post-Alfa. Patologías e imaginarios en el semiocapitalismo*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2007, pp. 204-205.

(6) *Ibidem*, p. 199.

(7) *Ibidem*, p. 245.

(8) Chakrabarty, Dipesh, “The Climate of History: Four Theses”, *Critical Inquiry*, Chicago, Vol. 35, No. 2 (Winter 2009), pp. 197-222.

(9) Danowski, Déborah; Viveiros de Castro, Eduardo, “¿Hay un mundo por venir?”, en *Otra Parte*, Buenos Aires, número “Duración”, octubre de 2015, cuadernillo, pp. 11-12.

(10) Todavía me acuerdo de la perplejidad con la que, en una charla durante un viaje colectivo por Tijuana en algún momento de 2006, me hablaba de la vida urbana un chico de una tribu del desierto de Sonora, México. La ciudad le parecía un mundo fuera de sí y completamente astillado, mientras que en su comunidad —de la que sentía una nostalgia profunda cuando estaba lejos— todos vivían en unión con una naturaleza que era a su vez el universo.

(11) Mignolo, Walter, “Introducción”, en Mignolo, W. (comp.), *Capitalismo y geopolítica del conocimiento. El eurocentrismo y la filosofía de la liberación en el debate intelectual contemporáneo*, Del Signo, Buenos Aires, 2001, p. 13.

(12) El caso más notorio es el de Estados Unidos. Uno de los blancos predilectos de Bernie Sanders, el socialista que le está disputando la candidatura demócrata a Hillary Clinton en estos días, es la familia Walton, dueña de Walmart. Según los discursos de campaña de Sanders, la riqueza de los Walton equivale a la del 40% de la población más pobre de los Estados Unidos.

(13) López Petit, Santiago, *Breve tratado para atacar la realidad*, Tinta Limón, Buenos Aires, 2009, p. 30.

(14) Cf. Berardi, Franco, “Bifo”. *The UPrising. On Poetry and Finance, Semiotext(e)*, Los Angeles, 2012.

(15) López Petit recoge el dato de que, en 2008, el 95% de la actividad económica mundial fue financiera. *Ibid.*, p. 48.

(16) Berardi, F., « The Coming Global Civil War: Is There Any Way Out? », e-flux, Nueva York, enero 2016. Disponible en http://www.e-flux.com/journal/the-coming-global-civil-war-is-there-any-way-out/#_ftn3. Traducción mía.

(17) Berardi, op. cit.

(18) *Ibid.*

(19) López Petit, op. cit.